

Hay que repetirlo una vez más: en una leyenda de 500 á 600 páginas no se podrán abarcar todos los sucesos ni siquiera los que fueron más culminantes en su totalidad; pero se irá procurando que se exhiban bien los que se relaten, con todos sus aspectos, á fin de que se graben cada vez más profundamente en la conciencia de los mexicanos. Es preciso, es urgente, es ineludible trabajar cuanto se pueda para llegar á conseguir que aquel periodo histórico tan calamitoso para nuestro país, sea bien comprendido y bien estudiado, hasta por las mujeres y los niños, porque fué aquella una lección de las más terribles entre las que han tenido los pueblos de la tierra, y de la que deben aprovechar muchas enseñanzas las generaciones venideras.

Dicho esto que el autor ha considerado indispensable y que ha sido escrito antes de poner la primera línea en la obra, para que se comprendan bien sus propósitos y las intenciones siempre patrióticas que lo han guiado, entra desde luego al asunto.



CAPITULO I

MIRAMAR

ACABABA de anochecer. Las ventanas del castillo de Miramar estaban iluminadas hácia el lado del parque, y en una de aquellas, á través de los cristales y las transparentes cortinas de gasa, se había dibujado la silueta de una mujer, en el momento mismo en que llegaban al vestíbulo dos hombres vestidos de negro, subían en carruaje y trasponiendo la verja de hierro, se dirigían por la calzada sembrada de árboles hácia la vecina ciudad de Trieste.

La sombra, mejor dicho, la mujer, dejó caer las cortinas y desapareció de la ventana. Momentos después la archiduquesa Carlota entraba en el gabinete de Maximiliano en donde este, después de haber despedido á sus visitas, se había quedado pensativo.

—Y bien? preguntó ella tomando una silla y acercándose al sillón que ocupaba su marido junto á una mesa en donde apoyaba el codo del brazo con que sostenía su mejilla derecha.

—Y bien, contestó Maximiliano dando un suspiro,

han venido á confirmarme la noticia que me comunicó mi hermano hace tres días por conducto del conde de Reschberg: Napoleón III me regala un imperio.

La archiduquesa se quedó por un instante meditando y desentendiéndose de la idea principal que la dominaba, que era aquella ingerencia de los dos Soberanos, preguntó:

—¿Y quienes son estos que han venido?

—Los jefes del partido monarquista en México.

—¿Cómo se llaman?

—El uno es el general Almonte; el otro es el diplomático Gutierrez Estrada.

—Me lo figuré luego que los ví: tuve la indiscreción de levantar la cortina de la puerta vidriera que conduce á la pieza inmediata y los pude contemplar á mi satisfacción.

—¿Los conocías acaso?

—Me habían hecho el retrato de ellos desde que se anunciaron. El marqués de Bombelles me tiene al corriente de todo.

—Pues bien: me han dicho que están plenamente autorizados tanto por Napoleón como por su partido, para ofrecirme el trono de México.

—Algo de eso oí también, ¿y qué has contestado?

—Lo mismo que á mi hermano: que necesito pensarlo, orientarme bien y en seguida imponer mis condiciones.

—Pero esa respuesta creo que en nada cambia el acuerdo tenido entre nosotros.

—Absolutamente. En la situación en que nos encontramos, y después que la hemos estudiado bajo todos sus aspectos, no tenemos otra salida que la de meternos en la aventura.

—Y es una aventura en efecto.

—Podría agregarte: una calaverada.

—Una calaverada, ¿por qué? En América hay otro imperio muy sólido y muy bien establecido que lleva el nombre del Brasil.

—Sí, pero es una monarquía antigua y aceptada.

—Según lo que estoy leyendo de historia, México ha tenido también sus imperios y durante trescientos años fué gobernado por virreyes. Desde que quiso hacerse República lo ha devorado la guerra civil.

—Es verdad eso, pero....

—Pero ¿qué?

—Es de temérsele á una mala vecindad.

—A la de los Estados Unidos?

—Sí.

—Esa República nueva callará ante la voz de toda la Europa.

—Eso precisamente es lo que pido: contar con el apoyo europeo.

—¿Lo has pedido?

—He indicado que lo necesito.

—Ahora refiéreme lo que te han dicho esos mexicanos que vinieron á Trieste.

—Lo que ya sabíamos por conducto de mi hermano: que Inglaterra, Francia y España están formando una convención que tal vez esté firmada á estas horas, comprometiéndose á invadir con sus ejércitos á México, no solo para hacerse pagar lo que esa desgraciada Nación les debe, sino para asegurar allí la tranquilidad por medio de un gobierno fuerte y duradero.

—Sí, llevan una intervención armada.

—Solo que....

—¿Sólo qué?

—Cada potencia trabaja para que la corona se dé á sus príncipes ó á sus protegidos. Por ejemplo, España querría que se pusiera en México á un príncipe español, alegando que sería más conveniente por el idioma y la raza.

—En este caso se hará lo que quiera Napoleón.

—De acuerdo con el partido monárquico de los mexicanos.

—¿Y qué dicen ellos? ¿Es numeroso su partido?

—Se compone del clero que es riquísimo, de todas las personas acomodadas y de la plebe que está muy mal educada, pero hecha para que se le domine.

—¿Eso te han informado Almonte y Gutierrez Estrada?

—Ellos me han dicho que vinieron autorizados por Napoleón para tratar conmigo confidencialmente este asunto, esto es, para ofrecerme la corona de México en nombre de su partido con adquiescencia del emperador francés, sin exigirme á que acepte desde luego de un modo definitivo.

—¡Ah!

—La aceptación final será cuando esté conquistado todo el país, se me proclame y se me invite á aceptar el gobierno con todas las formalidades.

—¿Y durará mucho tiempo eso?

—Unos cuantos meses á lo sumo. Almonte asegura que la mayoría del país se unirá desde luego á las potencias para establecer la monarquía y que apenas él se presente todos lo secundarán en mi designación.

—De manera que es negocio arreglado?

—Así lo creo, salvo alguna contingencia inesperada.

—¿Como cuál?

—Hay varias que pueden presentarse: que mi hermano me exija la renuncia de la corona de Austria y me niegue su apoyo moral y material porque es muy egoísta: que Napoleón sea influenciado por Inglaterra ó disuadido por los Estados Unidos; que la intervención fracase ó que difieran los informes que me ha de dar D. Francisco de P. Arrangoiz de los que me han dado Gutierrez Estrada y Almonte. Hé aquí algunos de los incidentes que pueden echar á tierra nuestro edificio de naipes.

—Y mis sueños de gloria y de felicidad? Porque yo sueño que tú podrás llegar á ser el Señor absoluto en América como lo fué Bonaparte en Europa.

—Es muy halagador lo que me ofrecen, pero muy peligroso.

—Peligroso dices? ¿por qué?

—No sé por qué.....peligros imaginarios si quieres; pero aquello está tan lejos; tan separado de la civilización, á tantas leguas de nuestro centro y de nuestras costumbres.... en fin, no tengo miedo, sino la zozobra de lo desconocido.

—Nada temas: iremos y te ayudaré mucho: para eso estoy aprendiendo la historia de México y la lengua castellana.

—Sí, tendremos que ir: ya te lo he dicho: debo dos millones de francos, estas posesiones se encuentran hipotecadas y ya se me ofrecen desde luego doce millones para mis preparativos de viaje. Los judíos han husmeado el buen negocio.....

—Si vamos, vamos.... esto de Austria está muy verde y yo ardo en deseos de que te llamen Emperador y á mi la Emperatriz, aunque sea de México.

Luego agregó bajo, muy bajo, viendo de un modo particular á Maximiliano:

—Ya que no puedo ser madre, quiero ser emperatriz.



CAPÍTULO II

ARRANGOIZ

LOS rumores, las conferencias reservadas, las intrigas de gabinete para establecer un imperio en México, se multiplicaron el año de 1861. Una infinidad de cartas se cruzaban entre Paris, Londres, Viena, Madrid, Bruselas, México y el castillo de Miramar: los comisionados iban y venían de una ciudad á otra; los curiosos y los que se interesaban con oficiosidad en el asunto de la monarquía, tomaban cartas en el juego más ó menos abiertamente y, menos por la prensa que apenas solía levantar muy poco á poco el velo que cubría aquel misterio, por todos los medios posibles se habían puesto en comunicación los intrigantes para dar el golpe sobre seguro. En México apenas habia una media docena de hombres políticos que sospechaban lo que estaba pasando en Europa, estando como estaban todos los ánimos ocupados en la gigantesca campaña que libraba en esos momentos el partido liberal al partido conservador en el terreno de las armas.

En ese año de 1861 fué cuando Napoleón III hizo conocer á Maximiliano sus deseos, instigado por los mexicanos expatriados; entonces fué cuando Francisco José mandó decir á su hermano que podía aceptar la corona de México, y cuando Almonte, Gutierrez Estrada, Hidalgo y otros que se consideraban jefes del partido monarquista y del clericalismo en México, estuvieron concurrendo á Miramar para poner de punto el pastel.

Los archidukes, como hemos visto, se encontraban muy preocupados con aquella perspectiva inesperada que se les había presentado: en el fondo aceptaban la aventura con todas sus consecuencias, tenían necesidad de aceptarla para salir de la situación precaria en que estaban; pero alguna sombra como un presentimiento les ofuscaba el porvenir, y sea por el vago temor de un fracaso ó porque hubieran convenido en presentar apariencias de resistencia, no manifestaban nunca una resolución hecha en presencia de los demás.

Allí en su castillo estudiaban con tenacidad el español, leían la historia antigua y moderna de México, se informaban de las costumbres, y los gustos de los mexicanos, pedían á los que los visitaban cuenta y razón de cuanto formaba los elementos de México, en suma, se preparaban para el viaje; pero á cuantos les preguntaban si estaban resueltos, les contestaban que todavía no, que era un negocio grave que necesitaban pensarlo despacio y con madurez.

Un día fué anunciado D. Francisco de Paula Arrangoiz, á quien Maximiliano había llamado con instancia por conducto de Gutierrez Estrada. Esto pasaba

ya el 21 de Mayo de 1862, cuando aun no se sabía en Miramar el desastre de Laurencez.

—Déjame solo por ahora con ese caballero, dijo el archiduque á su mujer, después te presentaré con él y juntos oiremos sus consejos ó sus lecciones.

Carlota abandonó el salón por una puerta disimulada en el muro, mientras Arrangoiz era introducido por uno de los condes que ya tenían asediado á Maximiliano, quien hizo las presentaciones.

—Su Alteza se ha servido llamarme.... comenzó á decir el notable mexicano, cuando el archiduque le interrumpió designándole una silla y diciéndole:

—Al señor Gutierrez Estrada encargué se sirviera suplicar á Su Excelencia que si lo juzgaba oportuno y no tenía inconveniente, se tomara la molestia de pasar á este castillo en donde la archiduquesa y yo tanto necesitamos de sus luces y de sus consejos.

—¡Señor! exclamó D. Francisco inclinándose.

—No, nada de modestia, ni nada de excusas tampoco. Yo sé bien que Su Excelencia es uno de los mexicanos más ilustrados, si no el primero, más conocedor de su país y más adornado de excelsas virtudes, y he querido, he anhelado que tuviéramos algunas explicaciones verbales.

—Señor, contestó Arrangoiz inclinándose más profundamente, Su Alteza puede ordenarme lo que guste, y aunque deben ser exagerados los informes que le han dado, estoy dispuesto á contestar con sinceridad á todas sus preguntas.

—Sí, eso es lo que yo quiero: la sinceridad y la confianza, que hablemos como dos amigos, como dos compatriotas.

—Por mi parte no tendré inconveniente en expresarme con la ruda franqueza que acostumbro.

—Sabrá, pues, el distinguido Señor Arrangoiz que tanto la corte de Francia que sostiene la intervención armada en México, como aquellas en que son soberanos algunos miembros de mi familia, aprueban que yo marche á tan remotas tierras á coronarme Emperador, ¿qué le parece tal asunto á Su Excelencia?

—La monarquía para México es mi ideal, contestó Arrangoiz, lo mismo que lo es para todos los preladados de nuestra Iglesia y para todas las gentes de orden en el país: respecto de ese punto debe ya tener informes exactos Su Alteza.

—Los tengo efectivamente.

—Ahora en cuanto á los obstáculos que hay que vencer, en cuanto á los hombres que hay que moralizar, en cuanto á las medidas que deben adoptarse, hay mucho que decir, según la manera que tenga cada cual de ver aquellas cosas.

—Comenzaremos si le parece á S. E. con las dificultades.

—Las principales serán allanadas por las bayonetas francesas á las cuales se han unido las tropas sostenidas por el clero católico; pero ¿cuánto tiempo durará la intervención armada?

—Eso digo yo: ¿cuánto tiempo se necesitará para consolidar la paz?

—Quizás ocho ó diez años; pero se necesitaría hacer un tratado con Napoleón en que se comprometiera Francia á no retirar su apoyo en quince ó veinte años más. Así pues, considero que el primer obstáculo que debe allanarse es el que opondrán los demagogos

que cuentan con caudillos incansables y con gran partido entre la plebe.

—Tengo entendido, por lo menos así me lo han dicho los obispos Munguía, Labastida y Covarrubias, lo mismo que Almonte, Hidalgo y Estrada, y así me lo ha mandado ofrecer Napoleón, que se barrerá rápidamente ese elemento. Almonte cree que todo es llegar á México, organizar algo de gobierno y lanzar á Márquez, Miramón y Mejía unidos con los franceses, para que Juárez y sus gentes desaparezcan en tres meses.

—Sí: lo probable es que á estas horas nuestro ejército aliado se encuentre ocupando la capital, sin que por eso deje de temerse que le cueste algún trabajo despejar todo el país hasta en sus más lejanas extremidades. Hay sitios montañosos lo mismo que guerrilleros irreducibles.

—De todos ellos darán cuenta el ejército francés y nuestros generales. Podemos pasar adelante.

—Señor, necesito hablar respecto del segundo punto con toda franqueza, y tengo que hacerlo.

—¿Cuál era el segundo punto?

—El de estudiar á nuestros hombres y moralizarlos.

—¡Ah! sí.

—Nuestro país, señor, es católico: por lo menos lleva tal nombre y se precia mucho de serlo. La generalidad de las gentes no saben lo que es el catolicismo y sin embargo son fanáticas. Es la misma anomalía que se nota en España é Italia, en donde hay mucha jactancia religiosa y muy poca religiosidad. Nuestros mismos prelados son muy honestos, algunos tienen fama de ser muy virtuosos, sin que eso les

impida tener sed de riquezas, de poder y de toda clase de satisfacciones terrenales. Quizás Vuestra Alteza tendrá que luchar más y librar batallas más nutridas con los hombres del partido que lo llama que con sus declarados enemigos, que siempre se le han de presentar tales cuales son, intransigentes y resueltos.

Maximiliano permaneció pensativo un instante y luego dijo pausadamente:

—Esto que acaba Vuestra Excelencia de decirme es lo que más me hace vacilar en mi determinación: temo ir lleno de compromisos anticipados y que mi mismo círculo se quiera imponer y sacar las ventajas que se ha propuesto. En fin: más adelante formaremos una lista de las personas, lo más extensa que sea posible, y anotaremos sus defectos y cualidades. Un gobernante debe conocer á su pueblo, debe conocer á sus enemigos; pero más profundamente á sus partidarios, que á veces suelen ser los más peligrosos. Sigamos adelante.

—Respecto de las medidas que deban adoptarse, Su Alteza las sabrá dictar muy oportunas cuando se encuentre sobre el mismo terreno.

—Y versarán.....

—Versarán sobre la hacienda que es preciso fundar desde sus cimientos, porque hasta ahora no ha habido allí en ese ramo más que un baturrillo; sobre la manera de desarmar y si es posible destruir todo lo que signifique demagogia y que es la peor plaga que ha pesado sobre la Nación; y antes que todo, la principal medida para aquietar las conciencias y para dar garantías á la propiedad, debe ser en mi concepto la de nulificar las leyes liberales sobre bienes del clero, lo

mismo que las llamadas de Reforma, á fin de que la religión de Estado sea la católica y vuelvan á regir las bases adoptadas por todos los mexicanos y extranjeros residentes en el país, en el plan de Iguala.

—Es bastante por ahora: me va á permitir Vuestra Excelencia presentarle á la archiduquesa?

—¡Oh señor! con sumo agrado.

Maximiliano tocó un timbre, apareció uno de sus condes y le ordenó que llamara á Carlota.

Entró al salón la radiante princesa y después de ser presentada dijo Maximiliano:

—Estoy seguro que la archiduquesa se unirá á mí para rogar al señor de Arrangoiz que prolongue su estancia en el castillo aunque sea por una semana: nos honrariamos mucho en contar con un huésped tan distinguido.

—La honra muy grande será mía al vivir bajo el mismo techo de tan excelsos príncipes. Ofrezco estar en Miramar seis días, que es el mayor tiempo que puedo detenerme.

Los príncipes dieron las gracias á Arrangoiz y lo condujeron al comedor.

